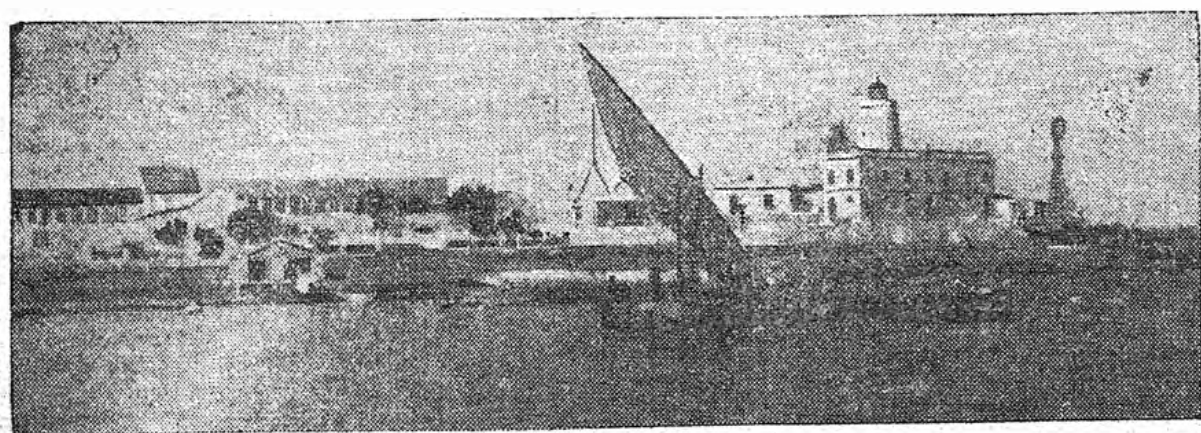


"La Razón" hace una visita á la Isla de Flores

Transformación completa de la Comandancia Militar

PRODIGIOS QUE REALIZA LA MARINERIA

LO QUE FUÉ Y LO QUE ES EL LAZARETO

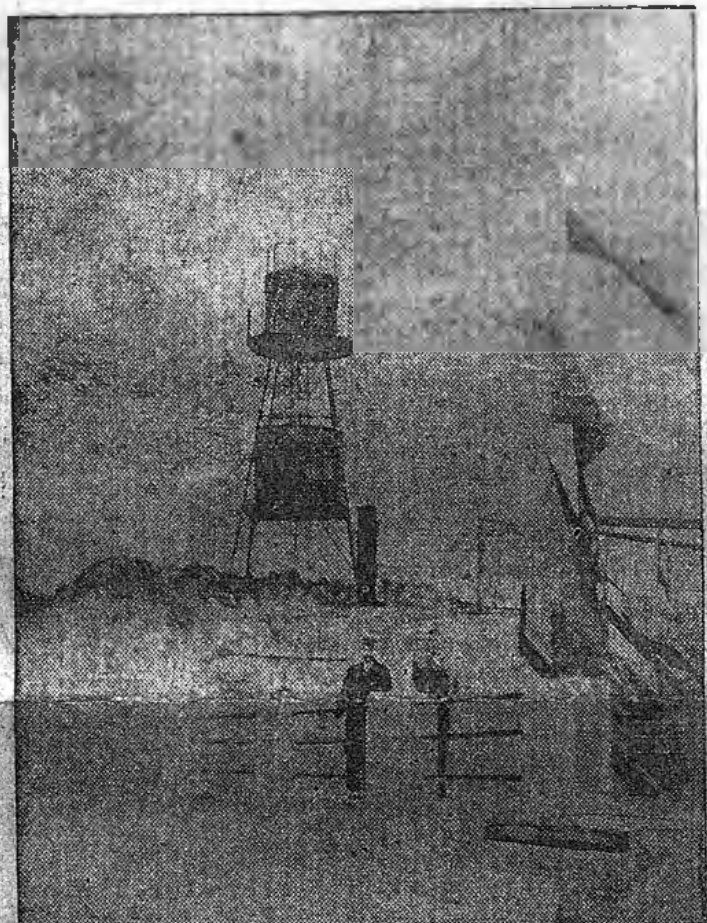


Vista de la isla tomada desde el «Corsario»

Un capricho de la casualidad—la eterna aventurera—arrojó la pequeña caravana á la Isla de Flores. El plan arauciano era ir hasta la Barra de Santa Lucía, visitar los mataderos, remontar el río hasta donde se pudiera y proporcionar un mal rato—rato de jueves santo—á cuanta pieza grande ó chica se presentase á tiro de las escopetas que, imaculadas todavía, se llevaban cuidadosamente envueltas en pardas fundas. Pero Lussich dispuso con toda amabilidad lo contrario.—«El tiempo está brumoso,—nos dijo—el mar amenazante y el «Corsario» en condiciones desfavorables, por su colado, para aventurarse por el río. Vayan á la Isla.—Lleven consigo estos lobos de mar,

ban gentilmente á la caravana. Alguien nombró á LA RAZÓN y las presentaciones quedaron hechas. Y ascendimos, por una cuesta suavizada á fuerza de trabajo, hasta la plaza de armas, amplia y despejada, con una vista al mar magnífica, y visitamos el local de la Comandancia, claro y limpio como el salón más claro y limpio del más lujoso hotel, y observamos los primores de carpintería que han hecho y hacen los diez ó quince hombres que, en nombre de la República, defienden la jurisdicción territorial de la Isla!... Fuimos de asombro en asombro, nosotros que hace tiempo no nos asombramos de nada! A medida que el sargento mayor Castro—de ilustración vas-

aseo, de conservación, de buena disciplina: Y así en la oficina de correo, telégrafo y semáforo, á cargo del señor José A. Vázquez Varela, empleado antiguo y competente, y en el faro que desde cuarenta años atiende, sin interrupción, Eduardo Doldán y Rodríguez, un hombre que ha pasado allí lo mejor de su vida, y allí ha creado su familia, y ha sido testigo de todas las tragedias marítimas que en varias millas á la redonda se han desarrollado durante ese largo lapso de tiempo. Esperie de archivo de curiosidades, de memorial viviente de la existencia de la Isla, el viejo Doldán lucha todavía denodadamente con el tiempo, y sube y baja varias veces el día, con sus 120 kilos de peso, bien llevados, por cierto, la empinada escalera que, enroscada á la pared, da acceso á la torre del Faro,—fortaleza mejor que Faro, pues su construcción es de un espesor y solidez que asustan... Adosado á la Comandancia Militar, hoy á cargo del coronel José M. Lorenzo,—está el establecimiento que en otro tiempo fué memorable alojamiento de cuarentenarios. Todo él ya es en la más espantosa soledad. Los cuartos vacíos, las paredes despintadas, las camas sin colchones, y los colchones amontonados en salas especiales. Hay personal que cuida del establecimiento, á las órdenes del señor J. Martínez Alzaga, delegado del Consejo de Higiene, pero en insuficiente cantidad para hacerlo debidamente. Los pabellones nuevos nos detienen un instante y los departamentos de desinfección provocan un sinnúmero de preguntas. Un buen puñado de miles de peces hay allí empleados, que nada produce, ni nada producirá, puesto que el lazareto no funciona ni funcionará seguramente más. Y, esto sugiere á la caravana una serie de reflexiones amargas, relacionadas con el destino práctico que podría darse á todo aquello... ¿Por qué no instalar allí una escuela de grumetes? ¿Por qué no establecer una cárcel de marinería? ¿Por qué no aprovechar la magnífica posición de la Isla, y sus construcciones, para fortificarla convenientemente, dotándola de mayor cantidad de guarnición?... Y perseguida por estas reflexiones, la caravana recorre la tercera isla, poblada de conejos, y visita los grupos de edificios en ella existentes, todos vacíos, y la estufa de cremación, y el depósito de restos de pasajeros fallecidos allí, á la espera de deudos que los reclamen... Espléndido espectáculo el que desde la isla se domina, con la inmensidad del mar á un costado y al otro la costa arenosa, prolongándose hasta el horizonte... Largo rato permaneció la caravana en la hermosa posesión, quizás la más hermosa de todas las islas, que en otro tiempo fué lazareto sucio y hoy es apacible refugio de conejos, al que solo molestan el rumor enorme del oleaje que se rompe contra las rocas, y el continuo batir de las alas de las gaviotas que en bandadas nutridas se adueñan de sus peñascos... Y el abandono para regresar á Montevideo, saturada de aire y de salitre, la caravana trajo en la retina la visión de uno de esos cuadros extraordinariamente fantásticos que en sus libros pintan los novelistas ingleses, y en el espíritu la grata impresión de las bondades y gentilezas gastadas en su obsequio por el sargento mayor Castro y demás funcionarios que lo acompañan



El faro y el semáforo

grandes pescadores,—escaparen todo el pescado que se les acerque y en caso de que se pique el agua ó se levante temporal, tienen Vds. un vapor que les ofrece toda clase de seguridades».—Y embarcó á la caravana, sin dejar resquicio á la protesta, en el «Corsario». Mala perspectiva baruntamos apenas puso el fuerte remolcador por afuera: húmedo el ambiente y el horizonte oculto detrás de la niebla. Enfilamos hacia el Este y un balanceo rítmico, da preta á popa, anasó el mar de fondo. La caravana se inquietó y tradujo á los pocos instantes su inquietud de espíritu y de estómago en mortal palidez. Momento crítico, en que el mareo hizo sus víctimas. Fué primero uno, y luego otro, y después otro más los que arquearon el cuerpo, en contorsiones violentas, y pagaron tributo á los mismos peces que se proponían humillar... Y así, entre cabezudas y brumas, entre las angustias silenciosas de los unos—los menos—y la alegría sonora de los demás, nos alejamos del puerto, de la costa indecisa y nos aproximamos á la Isla. La divisamos cuando encima de ella estábamos. Una gran blancura, una enorme mancha de nieve en la superficie azul del agua, y la Isla se mostró completamente desconocida, completamente remozada. Un agujero abierto en la cortina de bruma permitió al sol edulzar en ese instante una carrela hasta la enorme mole de piedra que en una extensión de dos mil metros,—según afirman los que la han medido—se extendía formidabile y pitorescamente delante de nosotros. Y el espectáculo resultó soberbio. Vibrante de luz, crudo de color, hasta herir la retina, el trozo que cae al Sur parecía un lienzo de Sorolla!... El blanco dominaba en todo: en la balaustrada de la plaza de armas, en el frente de los edificios y en las paredes enormes de la farola que alzaba, en la pendiente Este de la roca, su enorme mole hacia el cielo... Un cuadro alegre, regocijado, con su nota verde de jardín al frente, y con una decoración de mar estupenda!... Desembarcamos. En el muelle de piedra, de rara configuración, que mira al poniente, unas manos ulecluosas se tendieron hacia las nostras. Eran las del sargento mayor José María Castro, el segundo jefe de la Isla, la del oficial ayudante Víctor Canton y la del jefe de la sección correos y telégrafos, señor José A. Vázquez Varela, que se brinda-

ta, de palabra fácil, de amor sincero á la carrera—narraba la historia de este ó aquel edificio, de esta ó aquella repartición, la obra allí realizada se agrandaba á nuestros ojos, adquiría proporciones excepcionales. «La marinería lo ha hecho todo,—nos decía el distinguido militar:—la plaza de armas, la explanada que se extiende á orillas del mar, el edificio de la tropa, el jardín, los caminos, todo, todo lo que Vds. ven. Cada marino tiene una profesión, una habilidad especial. El que no pinta, esculpe, y el que no sabe dirigir la construcción de una casa, es perito en construcciones navales. Prestan servicios por partida doble, y representan una gran economía, puesto que todo esto se ha hecho sin desembolso de ninguna clase por parte del Estado. Y lo que no



El señor Martínez Alzaga, el sargento mayor Castro, el ayudante Canton y el jefe de correos, señor Vázquez Varela

decía el segundo jefe de la isla, y que nosotros, sin embargo, contemplábamos con verdadero placer, era la limpieza extraordinaria de las habitaciones, la blancura de los pisos, la brillantez de las armas, el orden extremado de las oficinas, la prolijidad que se traslucía en el arreglo de las camas de los jefes, oficiales y marinería. Un modelo de

en aquel pequeño mundo, desconocido para la casi totalidad de los habitantes de Montevideo, y destinado, á poco que en él fije la atención el gobierno, á ser una fuerza militar poderosa ó un centro de educación y corrección secundario en resultados positivos...
Trógenes.